

**AUTORREFERENCIA, TENSION Y CRISIS DE IDENTIDAD:
PROBLEMAS DE FILOSOFIA DEL LENGUAJE. I*.**

Luís Villegas

Historia de los esfuerzos humanos por atrapar la naturaleza de su Lenguaje: Una persecución enervante, tediosa a ratos, de un fantasma en extremo familiar, profundamente respetado, que, al intentar asirlo, se difumina en una mueca tal vez gatuna. La desazón que producen los aparecidos, la recurrencia, cercanía y fugacidad de sus apariciones permiten, quizás, orientar una interpretación siquiera metafórica de la ambigua actitud humana ante el Lenguaje. Ya en el que se suele considerar como el primer texto occidental sensible al problema, esa ambigüedad recorre un discurso que la dice al mostrarla:

I (D. 1, M. 1) Sextus Empiricus, *Adversus Mathematicos* VII. 132

τοῦ δὲ λόγου τοῦδ' ἔόντος αἰεὶ ἀξύνετοι γίνονται ἄνθρωποι καὶ πρόσθεν ἢ ἀκοῦσαι καὶ ἀκούσαντες τὸ πρῶτον· γνωμένων γὰρ πάντων κατὰ τὸν λόγον τόνδε ἀπειροισῶ ἐοίκασι πειρώμενοι καὶ ἐπέων καὶ ἔργων τοιούτων νόκω ἔγω διηγεῦμαι κατὰ φύσιν διαίρέων ἕκαστον καὶ φράζων ὅκως ἔχει· τοὺς δὲ ἄλλους ἀνθρώπους λανθάνει ὁκόσα ἐγερθέντες ποιῶσιν ὅκωσπερ θκόσα εὔδοντες ἐπιλανθάνονται. (1).

Parece que, por vez primera, se muestra (*diēgeumai*) aquí aquello que, compartido por todos (2), cotidiano y doméstico, se evade en su burlona lejanía, incompre-

(*) La segunda parte de este trabajo aparecerá en el próximo número de *Agora*.

(1) "Aunque este *logos* vale siempre (se mantiene siempre), los hombres nunca son capaces de comprenderlo, tanto antes de oírlo como una vez que lo han oído. Si bien todas las cosas suceden de acuerdo con este *logos*, los hombres se comportan como novicios cuando ensayan palabras y obras tales como (las) que yo muestro, distinguiendo cada cosa según su naturaleza y determinando cómo es. Pero otros hombres no son conscientes de aquello que hacen despiertos, exactamente como se olvidan de lo que hacen dormidos". Traduzo aquí al castellano la versión inglesa de Kahn (1979, 29), con la salvedad de que mantengo *Logos* en lugar de "account".

(2) Vid. Tb. Fragmento III:

III (D. 2, M. 23b) Sextus Empiricus, *Adversus Mathematicos* VIII. 133

sible antes y después de oírlo hablar de sí mismo. Y esto que habla, de lo que se habla, con lo que se habla y desde donde se habla, parece rebasar tanto el contenido pragmático de las palabras del hablante actual, el propio Heráclito, como el contenido objetivo semántico, que hace referencia a la estructura misma del mundo, exhibida en esas palabras. Así para Kahn:

“The tension between word and content is essential here, for without it we do not have the instructive paradox of men who are expected to understand a *logos* they have not heard” (Kahn, 1979, 98).

“The tension between the two aspects of *logos* —the actual words of Heraclitus and their everlasting content— is stretched still further here, where the *logos* as universal law is juxtaposed with Heraclitus reference to his own exposition (*hokoion egō diegēumai*) ‘such as I set forth’ ” (*Ibid.*, 98-99).

¿Qué les sucede a los humanos que se enfrentan cara a cara con ese *logos*, uno de cuyos aspectos aun tardará en llamarse “Lenguaje”? Que el castigo a su pecado —al intento de comprender y hacer comprender el *logos*—, será, cuanto menos, la soledad epistémica (3) del que en un desierto clama. Pues los demás humanos, incapaces de representarse, siquiera en su ambivalencia, la lejana cercanía de ese *logos*, no saben en general qué hacen, aunque, sin duda, saben cómo hacerlo (4). De donde, si fuera cierto que:

“... we can say that his poem does characterize human life in epistemic terms, in terms of a well-nitg universal failure to make sense of one’s experience. His initial concern is less with structure of reality than with the extreme difficulty of grasping this structure” (Kahn, 1979, 100),

me atrevería a sugerir, con todas las cautelas (5) que:

[διὸ δεῖ ἔπεισθαι πῶ κοινῶ . ξυνὸς γὰρ ὁ κοινός.] πῶ λόγου δ’ ἐόντ’ ος ξυνοῦ ζῶουσιν οἱ πολλοὶ ὡς ἰδίων ἔχοντες φρόνησιν.

“Aunque el *logos* es común, muchos hombres viven como si su pensamiento fuera una posesión privada” (vid. nota 1).

(3) Vid. la comparación que hace Kahn (1979, 100) entre las posiciones epistemológicas de Heráclito y Berkeley, respecto a la ciencia de su tiempo. También K. Axelos (1962, 65), sobre el sacrificio que realiza el sabio de su particularidad.

(4) Para la recurrencia de la distinción heraclitiana entre, “tener experiencia” y “reconocer (*ginoskōusi*) el contenido de esa experiencia” (fragmentos IV, XIX, XX, XXII, XXVII, etc...) que yo he parafraseado, provisionalmente, como la distinción entre “saber-cómo” y “saber-qué”, Vid. Kahn (1979, 29, nota IV).

(5) No se me oculta que la interpretación de Heráclito que intento exponer, si bien no totalmente ahistórica, sí que está determinada por mi propósito de llevar el agua a mi molino; esto es, como se verá ulteriormente, por mi creencia en que el despliegue de una historia interna del *logos*, me permite conectar temas y problemas actuales en Filosofía del Lenguaje, con sus momentos —creo—, fundacionales. Problemas historiográficos como la posible reacción de Heráclito a otra exhibición del *logos* —la de los poetas—, o la incardinación de su discurso en los bandazos, sociales, políticos y económicos de la “polis”, si bien pueden ayudarnos a entender mejor al Heráclito histórico, creo que no son incompatibles con una versión de su discurso, en cierta medida, “sub

a) El fragmento I de Heráclito, y otros relacionados (6) aluden por vez primera a la radical dificultad o incluso imposibilidad de lo que hoy se llamaría una “Teoría de la Actuación lingüística”, sospecha que, muchos siglos después, hará explícita Chomsky (por ejemplo, en Chomsky, 1975, 192) (7).

b) Esas revelaciones constituyen el momento fundacional de una de las que consideraré como las dos actitudes polares acerca del Lenguaje: la actitud “histeroide” que magnifica la desconfianza y la inseguridad.

c) A la vez, sobre todo en el fragmento I, se encuentra en estado germinal la otra actitud polar que podríamos denominar como “obsesiva”, especie de compulsión fáustica cuyos productos son el análisis, la clasificación, el orden en definitiva. En concreto, este germen se manifiesta aquí en forma de lo que no dudaría en considerar el primer atisbo:

i) de una Teoría de la Semántica, tanto intensional —el *logos* como palabra (*ἔπος*), tiene un contenido objetivo compartido por todos los hablantes—, como extensional —se da una referencia a la *fysis* y a su estructura.

ii) de una Teoría de la Pragmática, pues el *logos* en tanto obra (*ἔργον*), acto de habla, transmite un mensaje que, en muchos casos, puede convertirse en idiolecto (el “idion frónesin” del fragmento III) (8).

d) Sin embargo, el momento del “compromiso ontológico” explícito de (en) el Lenguaje no aparece aún en Heráclito, pues surgirá de la posterior separación entre Lenguaje y Realidad, entre *logos* y *fysis*, y de la necesidad de su reconciliación (9).

Creo, en suma, que los fragmentos de Heráclito nos sugieren que, como en todo ámbito cognitivo donde los humanos vayan en pos de su transparencia, la pregunta por el Lenguaje siempre se ha movido en el marco de la autorreferencia. No sólo una

especie aeternitatis”. Debo esta matización a José Luis González, en conversación personal. De cualquier manera, para una determinación del “status questionis” historiográfico del *logos* hasta 1966, Vid. Mondolfo (1966, 155-191).

(6) Fragmentos II al XI, XVI al XX, XXII, XXVII al XXXII, XXXV, XXXVI, LV, LXXVIII, LXXIX, LXXXVI, CI, CXXII, principalmente.

(7) Lo que Heráclito no hará, como no hace Chomsky, es mantener un pesimismo gnoseológico, sobre lo que hoy se denomina una “Teoría de la Competencia Lingüística”. Creo que a esto se refiere Axelos (1962, 71), cuando asevera:

“Le *logos* exprime le rythme du monde et il nourrit le langage; non les paroles arbitraires que chaque individu peut prononcer, mais le langage qui lie les hommes entre eux en les liant à l’Universel”.

(8) Vid. los instructivos comentarios de Kahn (1979, 101 y ss.) a estos fragmentos. También Borgmann (1974, 3-14), en una línea similar a la que yo sugiero.

(9) Vid. Axelos (1962, 68), en el sentido de que en Heráclito no hay aún ontología (el *logos* del *on*), en el sentido moderno, sino ‘periechontología’ (el *logos*, del *periechon*, de lo englobante, que incluye el propio *logos*).

autorreferencia del sujeto de la pesquisa (10), sino que la radical reflexividad de esa inquisición parece consistir en que aquello que se busca (11) se revela como el instrumento y criterio propios de toda búsqueda, la mediación misma cuya innocua neutralidad nos gustaría ver asegurada. Habitados a contemplar, más o menos impávidos, el desfile de los objetos que creemos pueblan, en cada caso, nuestra ontología (12), de repente, en algún momento de esa parada, nos sorprendemos atentos a un desfilante que —presentimos— prefigura, representa o constituye el resto del ejército, incluido él mismo (13).

Una *tensión esencial*, de carácter dialéctico, recorre, pues, Occidente, de Heráclito a nuestros días, una tensión entre lo que he llamado “actitudes polares” posibles: la “obsesiva” que tiende a considerar al Lenguaje como a un objeto más, susceptible de ser incluido en un ámbito científico, y, por lo tanto, descrito, desmenuzado, discriminado y, en su caso, explicado; y la “histeroide” que tiende a abandonarse a la sospecha o al temor de que esas presuntas caracterizaciones, cualquier caracterización, deben presentar, paradójicamente, al Lenguaje como algo que elude toda objetivación,

(10) No resisto la tentación de recordar uno de los significados paradigmáticos del término “pesquisa” en la literatura caballeresca medieval, según T.H. White (1939): Persecución recurrente de un monstruo familiar. Por ejemplo: la pesquisa del rey Pelinor y la Bestia bramadora.

(11) Lo que se busca, ese X ¿está en posición de “dicto” o en posición de “re”? ¿Y si fuera cierto (Hintikka, 1968, 1969, 1971) que toda la teoría lógica de la cuantificación no es más que un intento de representar los juegos de *buscar* y *encontrar* o, mejor la estructura de esas actividades?. Así —aunque esto no lo dice Hintikka—, podría ocurrir que el cálculo cuantificacional fuera el ‘output’ de una actuación lógica y a la vez modelo idealizado de otra competencia cognitiva —¿ontológica?— del sujeto humano idealizado. Pues:

“Los cuantificadores guían los procesos de buscar y encontrar, abstraídas las limitaciones humanas, sin totalidad sustitucional fijada previamente” (Hintikka 1971, 135).

En el caso del lenguaje, ¿puede buscarse algo que pertenece a un mundo posible inaccesible desde el mundo del que busca?.

(12) Objetos “rígidos” o “flexibles”, “mono o plurimundanos”, “compatibles” o “incompatibles”, “prefijados” o “construídos”, “puntuales” o “lineales”, “T-W continuos” o “T-W escindidos”... Obviamente, estoy aludiendo con estas caracterizaciones, a las diversas polémicas, de índole más o menos civil, que pueblan la denominada “semántica de mundos posibles” (Possible-worlds semantics). Vid. como simple muestra: J. Hintikka (especialmente 1970) “versus” R. Montague, (1968, 1969), D. Scott (1970), D. Lewis (1970), S. Kripke (1972); S. Kripke (1976) “versus” J. Wallace (1972); P. Shwayder (1976) “versus” S. Kripke (1972); D. Kaplan (1973), etc...

(13) Entre las páginas más felices a mi juicio, sobre la autorreferencia lingüística, están las escritas por G. Steiner (1975). Así p. ej.:

“Cada vez que se da una reflexión consciente sobre el lenguaje (y del lenguaje) nos enfrentamos a un ineludible autismo ontológico, a un dar vueltas en redondo dentro de un círculo de espejos” (pág. 133).

O:

“No podemos formular ni enunciar respuestas sin el auxilio de las estructuras del Lenguaje que son precisamente el objeto de nuestro análisis. Aún no está demostrado que las ciencias, por avanzadas que lleguen a estar, sean capaces de conducir a través de vías y procedimientos razonables a un punto de vista externo. No podemos evadirnos de la piel de nuestra piel”. (pág. 325).

que escinde todas las líneas transmundanas en tanto condición de posibilidad de la objetivación misma.

Y es, precisamente, esa tensión la que constituye, a mi juicio, la reflexión filosófica sobre el Lenguaje, la *Filosofía* del Lenguaje, disciplina que, como Jano, no aparta su mirada vigilante de aquellos dos polos, cuya misma conexión polar determina, oscilando pendularmente entre ellos, de tal manera que a veces tiende a confundirse con el polo “obsesivo”, donde se inserta la *Ciencia* del Lenguaje, consumando así la obsesión, absolutizando el polo, y destruyéndose como Filosofía; otras veces tiende a solaparse con el polo “histeroide, donde aparece lo que, a falta de una mejor denominación, llamaré la *Tragedia* del Lenguaje, cuya absolutización lleva, no ya a la simple circularidad histórica, sino a la parálisis: el silencio, la catatonia o la muerte.

Desde el polo “obsesivo” se determina, pues, la necesidad de construir Teorías del Lenguaje cada vez más refinadas, con técnicas y modelos progresivamente más precisos, que clasifiquen, analicen y reproduzcan el pretendido objeto. Pero la insistencia en desarrollar, sin el control filosófico que avisa del otro polo, teorías que se pretendan tan “duras”, compactas y autosuficientes como, por ejemplo, las propias de las ciencias llamadas “naturales”, puede llevar a un falso optimismo acerca de la capacidad de los humanos para reconstruir objetivamente sus propias capacidades, y, en definitiva, a un batacazo del que “se pueden reír, en extremo, las criadas” (14).

Desde el polo “histeroide” se presenta una actitud de duda acerca de la existencia de un fundamento sólido que pudiera garantizar la adecuación de esas teorías —sea descriptiva o explicativa—. Su despolarización absolutizadora, esto es, un escepticismo incontrolado sobre las capacidades reflexivas humanas, no puede por menos que desembocar en el silencio, en cualquiera de sus modalidades. En el límite, esta será la actitud radical que Steiner (1975, 370) considera propia del poeta, de modo que:

“Habiendo llegado a lo que él sí vive como los límites inexorables de la palabra, el POETA, en quien anida tal sentimiento como un auténtico imperativo trágico, guardará silencio. O bien, puede verse impelido hacia una radical extralimitación, hacia una transcendencia del discurso coherente, que no es, como en muchos surrealistas, ni histriónica ni oportunista, sino que arriesga la razón y la vida misma. Los silencios, las demencias, los suicidios de un buen número de grandes escritores proclaman, en rigor, una experiencia de los límites últimos del Lenguaje” (15).

(14) Sin embargo, me resulta extremadamente sospechoso una actitud tan segura, proveniente del otro polo, como la mostrada por Steiner (*Ibid.*, 135):

“De lo que si se puede estar seguro es de que ninguno de los modelos disponibles hoy día ni concebibles en un futuro cercano justifican la invocación de una ‘teoría de la generación del Lenguaje o de la transformación del conocimiento en unidades semánticas’ ”.

Se trata, obviamente, como a lo largo de casi todo el libro de Steiner, de una crítica a las posiciones chomskianas. Pero me temo que esta crítica no es realmente tan “histeroide” —en mis términos— como Steiner pretende.

(15) En una línea quizás opuesta a Steiner, no hay que olvidar los intentos serios, aunque no

Debo advertir que es preciso no confundir esta despolarización radical del polo "histeroide" con cierta actitud generalizada y polivalente, que en apariencia "histeroide", rechaza *con profusión de argumentos* la necesidad o posibilidad de confeccionar teorías universales del Lenguaje humano, hipótesis razonables sobre la estructura esencial de la Facultad del Lenguaje, apelando, sea a las dificultades de la traducción ("radical" o no), sea a una peculiar "blandura" y "pegajosidad" de las Humanidades que se traduce en una cohorte de relativismos, taxonomías, "juegos privados" y "formas de vida". Mucho me temo que estas actitudes encubren simplemente una "obsesividad" alienada o vergonzante (16), de la que ni siquiera se libran autores tan ponderados como el propio Steiner.

A estas alturas del discurso, me atrevería a decir, parafraseando una vez más un conocido "dictum", que el polo "obsesivo" sin el "histeroide" es vacío y que el polo "histeroide" sin el "obsesivo" es ciego. Y que la Filosofía del Lenguaje surge y se desarrolla en la conciencia de la necesidad de mantener sujetas, con todas las oscilaciones inevitables, las riendas de esa doble polaridad.

Creo que hay dos momentos en la historia de la Filosofía en que la citada "tensión esencial", en un caso se anuncia, y en otro, se muestra en toda su desnudez. Se trata de dos autores cuya conexión quizás sea más profunda de que se suele considerar. Me refiero a Heráclito y al Wittgenstein del *Tractatus*. En ambos se evidencia una preocupación análoga: el juego trágico entre decir y mostrar; un estilo similar: el aforístico. Una hipótesis muy radical sería que ambos son los únicos *auténticos* filósofos del Lenguaje que han existido en este mundo (18). El primero habría abierto un ám-

se si afortunados, de hallar repercusiones fructíferas para la poética en algunas teorías lingüísticas universalistas. Así, p. ej., la "Poética Generativa" citada por M. Ronat (1977, 258). También J.P. Faye, cuando atribuye a la teoría standard extendida chomskiana, el mérito, un tanto dudoso, de constituir una "Crítica de la Semántica", al hilo de la Crítica de la Razón Pura kantiana y de la crítica de la Economía Política marxiana. Esta "crítica" chomskiana, según Faye, hace frente a los excesos "retrógrados" de la Semántica Generativa, en tanto esta última pretendía buscar una base lógica natural para todas las lenguas con el resultado de "aplastar el lenguaje contra el plano de la lógica", comprimiendo así la densidad del Lenguaje y obstaculizando el análisis de la función poética.

"Pues la posibilidad de ésta nace del doble hecho siguiente: que el juego de la ambigüedad en la superficie del Lenguaje encubre un proceso subyacente de configuraciones latentes (teoría standard) y que los choques de réplica del juego "fónico" repercuten sobre el sentido (teoría standard extendida)" (Faye 1977, 13).

(16) Como ha señalado Chomsky "ad nauseam" (p. ej., 1977 b cap. II al V) muchos de los reproches y aspavientos frente a su intento de presentar una teoría universal del Lenguaje, explícita y epistemológicamente audaz, provienen de actitudes proto, pre, o pseudocientíficas, que, *siempre*, enmascaran teorías rivales extremadamente burdas o inadecuadas, con presunciones ideológicas sobre la naturaleza humana y praxis correspondientes nada recomendables.

(17) Una defensa explícita de ese paralelismo se encuentra en Borgmann (1974, 93-94).

(18) Resultaría curioso, en la hipótesis de la designación rígida kripkiana (Kripke, 1972), que hubiera mundos en los que pudiera haber existido H. y W. sin que fueran esenciales para su respectiva identificación las descripciones definidas: "el autor del 'fragmento I' transmitido por S. Empiricus" y "el autor del *Tractatus Logico-Philosophicus*". Sospecho que en esos mundos,

bito que, a la postre, sólo habría satisfecho el segundo, cerrando definitivamente el círculo. No voy a mantener esta hipótesis.

En cuanto a Heráclito, prefiero pensar con Borgmann (1974) que aún no es un filósofo del Lenguaje, pues en su discurso se mantendría, previo a la tensión bipolar posterior, un equilibrio de un *logos* aún sin fisuras:

“The philosophy of Language was born when ambiguity “qua” richness *and* confusion became explicitly apparent in its ambiguity and steps were take to come to grips with ambiguity. Heraclitus’ thought does not present a philosophy of language yet, but it gives birth to the philosophy of language, and in representing the coincidence of the problems and possible solutions of a philosophy of language, it remains a challenge to the philosophy of language” (Borgmann, 1974, 16).

Creo que estos asertos pueden ayudar a comprender mejor la índole peculiar del problema planteado. Si la Filosofía del Lenguaje se constituye como una tensión bipolar, considero que la radicalidad de su posición no estriba simplemente en ser un saber explícito de la diferencia entre los dos polos, ni en mantener el control de esa diferencia, impidiendo la despolarización científica o trágica, sino sobre todo en su pretensión de superar esa polaridad, de recuperar una vieja identidad... o de construir una nueva. Se trata de buscar y encontrar una síntesis que haga a la vez transparente y dinámico nuestro conocimiento del Lenguaje, nuestra subjetividad lingüística transcendental, más allá de cualquier autorreferencia, pero también más allá de cualquier heterorreferencia. Por más utópica que resulte esta actitud, me parece que es el motor que impulsa una y otra vez la consideración filosófica acerca del Lenguaje: un esfuerzo por conseguir la resolución de un conflicto, borrando la diferencia, eliminando la tensión (19).

Pues bien, Heráclito no es todavía un filósofo del Lenguaje precisamente porque ni plantea explícitamente la tensión aludida, ni, mucho menos, pretende resolverla. En este sentido, creo compartibles las aseveraciones de Axelos (1962, 63):

“Le rythme de la dialectique héraclitéenne n’est pas ternaire –these, antithèse, synthèse, ou, position, négation, négation de la négation– mais foncièrement bipolaire: il y a ce mouvement perpétuel du va-et-vien. Comme ses oppositions sont des oppositions bipolaires, des antagonismes ou, tour á tour, une force est plus antagonistique que l’autre, des contrastes frappants, ainsi la méthode de sa pensée est également antithétique. Héraclite renoncet-il a la synthèse? Il est vrai que, les deux “thésés” posées, une unité englobante se fait jour; néanmoins, les deux thésés restent déchirées entre elles, le conflit reste conflit et la négation ne se trouve pas nice... Les problèmes d’une théorie classique de la connaissance –origin de la connaissance, objet,

el nombre propio “S. Kripke” tendría designación vacua, o no le sería atribuible la descripción definida “el autor de *Naming and Necessity*”.

(19) Por ejemplo Axelos (*op. cit.*) piensa que consiste en la sustitución de un discurso rigidado a la verdad de la totalidad del ser, por otro que subordina esa totalidad, a un poder metafísico transcendente: Idea o Nous Divino.

méthode et limites de la connaissance— ne se posent pas pour Héraclite que d'une manière préclassique, á sa voir archaïque”.

Hay, pues, polaridad, pero en cierta manera ilusoria, pues descansa en la radical ambigüedad con que se presenta un *logos* aún compacto, ambigüedad de la ambigüedad, como riqueza y como confusión (Borgmann). Esta ambigüedad que se muestra en el propio estilo heracliteano, con su copia de aparentes retruécanos, metáforas y etimologías, ayudaría a explicar las dificultades de su comprensión para los filósofos (del Lenguaje) que de Heráclito se originan. Pues como afirma Axelos:

“Les paroles qu’il prononce sont claires-obscurés, parce qu’à un *logos* n’operant pas avec des concepts correspond nécessairement un langage polyvalent et ante-prédicative. Aucune forme de traduction, nécessairement captive de la structure grammaticale et logique de notre langage constitué, n’arrive á en fixer un sens unique ni á en rendre la polyvalence, plastique. Jamais Héraclite ne formule un jugement, d’aucune de ses phrases ne surgissent sujet et predicat reliés par la copule. Dans son langage spéculatif, il dit non pas ce que tel ou tel être particulier ou general *est* ou *n’est* pas, mais enonce la l’être en devenir, de la totalité de l’être, present dans tout fragment du monde” (Axelos, 1962, 69).

Y esta incomprensión hacia el fondo y hacia la forma que parece presidir, p. ej., la actitud de “los primeros filósofos propiamente dichos” (Axelos, *ibid.*, 75): Platón y Aristóteles, respecto de Heráclito, al margen de otras explicaciones (20), creo que se debe a que se ha roto el equilibrio del *logos* y ha comenzado la tensión que, en el caso de los autores citados, y, tantos otros, parece tender a desplazarse hacia el polo “obsesivo”, el polo de las distinciones, dilemas, propiedades y apropiaciones de la Ciencia, donde, p. ej., surgirá la pregunta *sobre* el Lenguaje como dado naturalmente en comunidad con lo real, o bien puesto téticamente por la humana comunidad. Pero, como señala Axelos, esto ya no es Heráclito, pues:

“Héraclite ne construit pas une philosophie sur le langage donné et fixe, mais pense dans et par le langage. Les mots sont adéquats et inadéquats aux choses, lá réside leur caractère transitif et dramatique... Il saisit la bipolarité, le conflit et les oppositions, et non les contradictions logiques. La pensée se réfléchit dans le langage, elle nombre ce qui est; le *logos* qui l’anime exprime les déchirements, qui sont déchirements du Monde. On n’arrive pas a la connaissance des choses en prenant comme point de départ leurs noms; c’est le sens, en tant que direction et signification, qui unit le signifiant et le signifié” (Axelos, 1962, 74).

(20) Es interesante apuntar que si el polo “histeroide” es el lugar de la tragedia y el “obsesivo”, el de la ciencia, la conexión polar misma, ámbito de la Filosofía del Lenguaje, podría clasificarse como “esquizoide” (atención doble y dividida hacia ambos polos). Y ese esfuerzo desgarrado que protege de la despolarización absolutizadora, y pretende superar la polaridad, permite, quizás, considerar, también, a la Filosofía del Lenguaje como una “Ascética” del Lenguaje, camino interminable cuyo inalcanzable objetivo, la consumación de la identidad y de la transparencia, no es implausible suponer que sería una “Mística”. Estas consideraciones me han sido sugeridas por mi colega, el antropólogo Marcial Gondar, en conversación personal.

Si Heráclito origina, pues, la Filosofía del Lenguaje, sin ser él mismo un filósofo del Lenguaje, lanzando así a la posteridad el reto de una tensión dialéctica, y de una subsecuente pretensión sintética, por él no asumidas, el guante parece haber sido recogido casi brutalmente por el Wittgenstein del *Tractatus*. Pero entonces: ¿es ese Wittgenstein el primer filósofo del Lenguaje?, ¿es el último?, ¿es tan siquiera un filósofo del Lenguaje?. Ciertamente que caben dudas más que razonables sobre el papel del *Tractatus* más allá de la ingente literatura hermenéutica por él provocada. A veces, parecía que se trata de la tan esperada “Crítica de la Razón Lingüística” que se le debía a nuestro siglo, el siglo del “giro”. De tal manera que el agónico discurso que atraviesa ese texto no sólo es la mejor exhibición jamás realizada de esa “tensión esencial” en que consiste la Filosofía del Lenguaje, sino también su definitiva cancelación, en tanto se muestra la imposibilidad de la síntesis pretendida y, por tanto, la destrucción del “motor utópico” que impulsa y mantiene aquella tensión. Así, el *Tractatus*, oscilando entre un polo “obsesivo” donde se enfrentan icónicamente Lenguaje y Realidad (forma semanto-lógica y forma ontológica, indisolublemente unidas-separadas por la forma lógica), y un polo “histeroide” que pone en marcha una infinita y, a la postre, circular serie de “escaleras” metalingüísticas, donde la Realidad se disuelve una y otra vez en el Lenguaje, y el propio Lenguaje se autodestruye en una experiencia reiterada de sus propios límites, supondría, por una especie de reducción al absurdo, un regreso, a través de los siglos, a un *logos* unido e inocente. Desde esta perspectiva, el Wittgenstein del *Tractatus* (tensión bipolar explícita → pretensión de síntesis → imposibilidad de síntesis → recuperación del equilibrio del *logos*) sería el primer y último filósofo del Lenguaje “comme il faut”.

Pero cabe también una visión menos radical de las cosas (21). Demasiados afa-nes filosóficos median entre Heráclito y Wittgenstein como para que la tarea de restaurar un *logos* compacto no resulte ya vanamente ilusoria y utópicamente regresiva. Una vez que se ha ingerido el fruto del árbol del conocimiento, ni siquiera el silencio resulta inocente (22). Iniciada ya la reflexión filosófica sobre el Lenguaje, sea cual sea el despliegue de las “obsesiones” e “histerias” polares, es muy difícil callarse. Y si el filósofo calla, su silencio ya no puede borrar lo dicho. Todo lo más, ese silencio consiste en una negación parcial, en una retractación de lo dicho, una interrupción para tomar fuerzas y decir otra cosa. Así, Wittgenstein, cuyo *Tractatus* parece, al final, decantarse por el polo “histeroide”, cuya despolarizada consecuencia última sería un silencio radical (o la locura (23), o el suicidio) encontró —dicen— en una morisqueta de P. Sraffa, suficiente pretexto para cantar la palinodia y continuar hablando. Pues también es tó-

(21) Entre otras razones, porque, de aceptar sin paliativos la interpretación radical, tendría que buscarme otro trabajo, a lo que soy bastante renuente.

(22) Vid. Blanchot (1968) sobre las curiosas (o no tanto) relaciones entre Lenguaje, silencio y tortura. También, y desde otra perspectiva, recuérdese la irónica alusión de Russell, en el prólogo a la versión inglesa del *Tractatus*, a la cantidad de cosas que Wittgenstein dice sobre lo que no se puede decir.

(23) Para una interpretación benévola de locura y silencio en Wittgenstein Vid. Reguera (1980, 41, n. 49).

pico referirse al que se ha dado en llamar “el segundo Wittgenstein” con sus “analíticas” secuelas (24). Enseguida volveré sobre esto.

Desde esta segunda perspectiva, me atrevería a sugerir, con las precauciones que el caso requiere, el siguiente balance aproximado del *Tractatus* (25):

1^o) Dese el polo “obsesivo”, expone programáticamente una criptoteoría de lo que, abusando quizás del término chomskiano, se podría denominar “competencia lógica”, o, lo que sería lo mismo, “competencia del sujeto metafísico transcendental. Esto es, una teoría implícita de los límites y condiciones de posibilidad del *logos*, entendido como sujeto transcendental. Obviamente no se trata de una teoría empírica, sino de una teoría, a su vez, transcendental: una teoría transcendental de una competencia transcendental. Y de esa competencia lógica transcendental pretende el *Tractatus* delimitar, diferenciar un sector, llámese Mística, Ética, Estética o Praxis, que cae fuera de aquella, y cuyo presunto correlato sería el silencio. En este sentido, el *Tractatus* no supone una recuperación del *logos* heraclitiano, sino más bien:

i) Una exhibición de que hay una zona del *logos* que se evade de la competencia lógica, y, a este respecto, se podría estar de acuerdo con Reguera (1980, 20) en que:

“En la línea de Kant y más allá de él, Wittgenstein liberta al *logos*, descategorizándolo. Sólo más allá de la lógica ese *logos* es extensivo al ser”.

ii) Una decisiva confirmación de que el *logos* heraclitiano se encuentra roto, pues si el *logos-qué* de la Mística es irreductible al *logos-cómo* de la Lógica, se consuma un divorcio irreparable, aunque esclarecedor, entre ambos aspectos del *logos*. (Vid. párrafos 6.4.4.-7 del *Tractatus*).

Y esta competencia lógica limitada no consiste sino que es la frontera —el sujeto metafísico— que fundamenta, sintetiza y disuelve otras dos subcompetencias que no son más que dos *relata* de la primera:

i) Lo que se podría denominar como “Competencia semantológica” que organiza y determina el estrato intensional del Lenguaje, como diferente en estructura del estrato gramatical.

ii) Lo que se podría denominar como “Competencia Ontológica” (26), esto es, la capacidad del sujeto metafísico de representar o constituir la estructura de la realidad, las condiciones sobre la forma y función de cualquier ontología humana posible, en tanto verse sobre el mundo actual y sobre cualquier mundo posible, accesible desde aquel en virtud de su común forma onto-lógica:

(24) Resulta sintomático que el primer Wittgenstein no haya tenido auténticos continuadores, mientras que el segundo ha originado una pléyade de discípulos, que, como es bien sabido, ha dominado la filosofía anglosajona durante varias décadas. Sería demasiado fácil atribuir este éxito a la propensión empiricista y antiespeculativa de la filosofía anglosajona (“pace” Bradley).

(25) Me ha sido muy útil para realizar este balance la lectura del brillante, Reguera (1980).

(26) Me parece que a ésto se refiere Reguera (1980, p. ej. 24, 57), cuando afirma que en el *Tractatus* no se encuentra una *ontología*, sino una “metafísica epistemológica”.

“Es claro que por muy diferente del real que se imagine un mundo debe tener algo —una forma— en común con el mundo real” (*Tractatus*, 2.022) (27).

He utilizado el término “competencia”, precisamente para indicar que en el *Tractatus*, como es palmario, no hay una teoría —y menos una descripción— de la conducta lógica, gramatical, ontológica o comunicativa del sujeto empírico. El *yo* psicológico aparece disuelto como un miembro más de la competencia semanto-lógica y onto-lógica, como se evidencia en el párrafo 5.542:

“Pero es claro que “A cree que p”, “A piensa que p”, “A dice p”, son de la forma “‘p’ dice p”; y aquí se trata, no de la coordinación de un hecho y un objeto, sino de la coordinación de hechos, por la coordinación de sus objetos”.

Es claro que aquí no hay lugar para la Pragmática, en sentido ejecutorio (28).

La competencia lógica puede entenderse, pues, como la capacidad, el sistema de principios independientes de la experiencia, que *es* el sujeto metafísico transcendental, para reunir sintéticamente, en virtud de la forma lógica general de la proposición, dos ámbitos que ese mismo sujeto ha generado: el ámbito semanto-lógico, la totalidad de sus proposiciones —en forma lógica—, y el ámbito onto-lógico, la totalidad de hechos (posibles) —en forma lógica—. Lenguaje y Realidad se encuentran así, mutuamente, en su *logos* compartido, en su común forma lógica general, relación interna y, por tanto, constitutiva de ambos, impuesta por el sujeto transcendental, frontera entre los dos.

Ahora bien, sucede que a esta forma lógica común, que en su nivel más alto de generalización es la forma general de la proposición: $[p, \xi, N(\xi)]$ (*Tractatus*, 6.), se llega mediante un análisis lógico del Lenguaje, representado en el lenguaje artificial paradigmático de los *Principia Mathematica*. Y aquí nos aparecen dos opciones:

a) Este modelo es arbitrario, de tal modo que variando el patrón, y la cripto-ontología en él incorporada, varía la forma lógica presentada y, por tanto, todo el edificio competencial que el *Tractatus* pretende, implícitamente, reconstruir. De tal manera que la hipótesis Sapir-Whorf del relativismo lingüístico se podría aplicar a la confección de lenguajes artificiales, de interpretación lógica, en este caso: libertad en la elección de cálculos, tolerancia en su sintaxis, semántica y ontología.

b) Aun siendo arbitrario el modelo, el “modo de designación” (*Tractatus*, 3.342-3.3442), sin embargo lo relevante es que se trata de un modo de designación “posible”. Y esta posibilidad de cada notación singular, de cada cálculo “nos ofrece una abertura sobre la esencia del mundo” (*Tractatus*, 3.3421). Si ello es así cada cálculo lógico, por más arbitrario, artificial y “construido” que parezca, se encuentra sujeto a las restricciones “a priori” que constituyen la capacidad formalizadora huma-

(27) Me parece que aquí se encuentra un precedente de lo que podría ser una auténtica “semántica de mundos posibles”, entendida en este sentido competencial, y no, como es usual, en el sentido de una cripto-ontología expansionista: del mundo actual ya estructurado por una ontología concreta, y acaso unilateral, a los mundos posibles donde reaparece esa estructura.

(28) Para una discusión de los problemas de este párrafo vid. Reguera (1982, 166-180).

na que, posiblemente no es distinta de la misma competencia lógica del sujeto metafísico. De manera que basta examinar una notación, un caso, para encontrar en él aquel rasgo competencial que lo caracteriza, lo universal en lo singular. Esto es, podemos representar la competencia lógica universal u abstracta mediante un instrumento, el cálculo, que es, a su vez, un producto posible de esa competencia, o de una actuación en cuyo dominio figura dicha competencia. Esta posición, que es, plausiblemente, la mantenida por Wittgenstein, quedaría, a mi juicio, totalmente satisfecha si se presupone que la competencia universal mencionada, no es fruto de una construcción mediatizada empíricamente por el medio, no es “aprendida” sino que es absolutamente “a priori” (29).

2^o) El polo “histeroide” en el *Tractatus* parece difícilmente separable del “obsesivo”, si bien aparece totalmente explícito hacia el final del libro. La tensión bipolar es tanto más fuerte cuanto, a diferencia de Heráclito, no sólo hay un decir que muestra, sino, sobre todo, un decir *de* la mostración. El *Tractatus* intenta así exponer, casi de modo exhibicionista, su propio sinsentido, su propia teratología. Pues su discurso, como es bien sabido, consta de proposiciones ni fácticas, ni tautológicas, ni contradictorias, que dicen lo que no puede ser dicho, que hablan de aquello que no es un hecho, sino de la mediación misma, el límite entre Lenguaje y Mundo: la competencia lógica, el sujeto metafísico transcendental. Pero si estas proposiciones son auténticas proposiciones, (re)presentan hechos en virtud de su forma lógica compartida, y son también hechos. Esto es, si el Lenguaje, en forma semanto-lógica, habla siempre de hechos, en el momento en que se dice: “ello (la proposición, el hecho, la relación, la figura, el sujeto, etc...) es así”, aparece la referencia a un estado de cosas posible, siempre en el marco de esa posibilidad fundante que es el espacio lógico. Inevitablemente, el Lenguaje petrifica como la mirada de Gorgona, y si toca la relación entre sí mismo (o el aspecto más universal y “profundo” de sí mismo) y otra cosa, también petrifica —factiviza— esa relación y sus polos. Y no existe metalenguaje último que consiga salvar esa barrera, pues si lo hay, y de él se habla, también queda petrificado, convertido en algo factible. Pues si hablar es, cuanto menos, poner una relación de diferencia, enfrentar lo otro, hablar del hablar aplasta y reduce esa diferencia a uno de sus polos, el mundano, el real. Las meta-proposiciones de que consta el *Tractatus*, y en esto consiste, a mi juicio, su “histeria” radical, si son verdaderas, son por ello, falsas, pues aquello a que se refieren, el objeto-Lenguaje, el objeto-Lógica, el objeto-Mundo, el objeto-límite, carece, pierde, en cada caso, en tanto referido, las propiedades que se le atribuyen. En concreto, el objeto-Lenguaje, es algo silente, no habla: el lenguaje del que se habla, no habla. Por eso, comprender el *Tractatus* es hacerse cómplice de un discurso blasfemo y esquizoide que, pretendiendo “obsesivamente” presentar en un lenguaje, L₂ una síntesis dialéctica entre un lenguaje, L₁ y un mundo, M, mediante el sujeto metafísico

(29) De ser certera esta interpretación de lo “posible” como caso, en el *Tractatus*, no me resulta muy lejana de los argumentos ofrecidos por Chomsky (1981, sobre todo) para justificar la reconstrucción de la Gramática Universal a partir de una sólo lengua, en este caso el Inglés.

que los limita, muestra “históricamente” la imposibilidad de realizar la síntesis dialéctica entre L_1 y L_2 , entre lenguaje que habla y lenguaje del que se habla, y, en general, entre los dos aspectos del viejo *logos*: el *logos* heterorreferente (el *logos-cómo*) y el *logos* autorreferente (el *logos-qué*).

3^o) ¿Cómo entender, ahora, el silencio en el *Tractatus*? Creo que respecto a la relación entre hablar del Lenguaje y callar (no entre hablar, en general, y callar) hay tres opciones relevantes:

a) Callar, de entrada. No hablar para nada del lenguaje. En todo caso, como es palmario, hablar mediante él.

b) Callar, de salida y de modo definitivo. Una vez que se ha dicho lo que se tenía que decir, guardar silencio para siempre y no volver más sobre ello.

c) Callar, tomar aliento, y seguir hablando de lo mismo, de idéntica o diferente manera.

Obviamente Wittgenstein no tomó el primer camino: escribió el *Tractatus* (y el *Prototractatus*). Podía haber tomado el segundo, diciendo: “ahí queda eso, y, ahora, me callo”. Y después, efectivamente callarse, bien de un modo radical, mediante el suicidio o la catatonia, bien de un modo aparentemente menos oneroso como, p. ej., el destierro. Parece que, en cierta manera, intentó esto último, dedicándose a la enseñanza primaria y a la jardinería durante los llamados “años perdidos”, cuyas peripecias tan bien ha rastreado Bartley (1973), si bien, como este autor ha señalado (*ibid.*, 89), en esta época Wittgenstein estaba empeñado no sólo en desasnar campesinos austriacos o cuidar *parterres*, sino también en revisar aspectos de su primera filosofía. Ello tuvo como resultado su vuelta a Cambridge en 1929, y los cursos, seminarios y discusiones que culminaron, principalmente, en los nada callados “Blue and Brown Books”, y en las aún menos silenciosas “Philosophical Investigations”. Parece claro, por tanto, que Wittgenstein eligió el tercer camino. El silencio que cierra el *Tractatus* visto “a posteriori” no es ya una renuncia a hablar de lo que no se puede hablar, una vez que de ello se ha hablado bastante, sino una interrupción para tomar fuerzas y seguir hablando por otros derroteros. El caso es que el polo “histeroide” hacia el que parece decantarse el *Tractatus*, la imposibilidad de saltar la propia sombra, parece haber sido el trampolín para retornar de nuevo al otro polo en un movimiento pendular. Pues acontece que la conciencia de aquella imposibilidad no redime al filósofo de su pretensión. Y esto, Heidegger “dixit” (1963, 145), no es asunto de psicología de la personalidad creadora (30) sino que tiene que ver con “el propio movimiento de la acción de pensar”.

Sucede que este silencio “interruptus” del *Tractatus* lleva al que se ha dado en llamar “el segundo Wittgenstein” a construir lo que, aparentemente, suscitaba menos

(30) Vid. a este respecto la crítica que hace Bartley (1973, *epílogo 1982*) a las interpretaciones caracteriológicas de los bandazos especulativos de Wittgenstein.

dificultades que una teoría de la competencia lógica, esto es, una cripto-teoría del uso lingüístico. Pues si el sujeto empírico había quedado fuera del *Tractatus*, si una zona del *logos* se evadía del rígido corsé de la Lógica, era, en parte, porque el Lenguaje tiene múltiples usos y funciones que ni son lógicos ni son figurativos. Es más, como es patente, el segundo Wittgenstein exhibe un auténtico horror a la generalidad. De ahí el método ejemplificador reiterado —inversión del *Tractatus*— las larguísimas y, a veces, prolijas descripciones, los juegos y sus parentescos. Parece como si Wittgenstein buscara la transmutación alquímica de los elementos por un proceso acumulativo de manipulación. Esto es, podría pensarse que este Wittgenstein adoptó lo que antes llamé una “obsesividad vergonzante” que sustituye el programa de Teoría de la competencia lógica del *Tractatus*, por un programa de Teoría de la Actuación lingüística, a la que simultáneamente se le niega su carácter teórico. El problema es que, al parecer, esta descripción no teórica de los llamados “usos lingüísticos”, de los contextos de significado, tanto en Wittgenstein como en sus analíticos discípulos, no produjo la piedra filosofal pretendida: el sujeto empírico en su conducta lingüística. Y, por otra parte, su posible reconversión en una teoría explícita de la Actuación lingüística (una Pragma-Lingüística) como pretende ser, p. ej., la Teoría de Actos de Habla, tiene también sus dificultades para encontrar el sujeto empírico y es presumible que una vez más se trate de una persecución del sujeto transcendental, como intesección de múltiples competencias. Pero si difícil era y es construir una teoría de cierta competencia cognitiva humana parece mucho más difícil construir una teoría global de la conducta lingüística humana, donde prácticamente se dan cita e interfieren todas las competencias cognoscitivas del sujeto. (Vid. para la Actuación Lingüística como “interplay” de competencias, Chomsky (1975, 1977 a, 1977 b, 1981). Pues una Teoría de la Conducta Lingüística Humana, si es ambiciosa, esto es, si es teoría, debe tener como objetivo la transparencia total, la reversibilidad reflexiva máxima del sujeto. Y es muy posible que dicha teoría no pertenezca a lo que Chomsky (1977 a, 106-113) llama “teorías accesibles al ser humano”.

4^o) En definitiva, el *Tractatus* constituye un ejemplo, a mi juicio, insuperable de Filosofía del Lenguaje, en tanto muestra, no sólo la tensión requerida, no sólo la pretensión sintética como límite inalcanzable, sino también la fugacidad de la tensión, la enorme dificultad de su persistencia. En su caso, la despolarización “histeroide” acecha desde todas las décimas, el polo “obsesivo” queda reducido a nivel de un grandioso programa y los fragmentos del *logos*, dispersos en su infinita y circular recurrencia. Pero la audacia heroica de su actitud, requería un desarrollo que ni neopositivistas ni analíticos pudieron realizar. Pienso, en cambio que la obra de Chomsky, pese a las diferencias de prioridad metodológica, recoge, en parte, la herencia del *Tractatus*. En lo que respecta al polo “obsesivo”, es claro que la teoría chomskiana tiene una pretensión “científica” de la que carecía el *Tractatus*. Pero el interés de Chomsky por la Facultad del Lenguaje y su estructura, y su consideración de la Gramática Universal reintroducen el sujeto transcendental (el oyente-hablante ideal) como límite o frontera de ciertos aspectos lingüísticos del *logos* o de ciertas dimensiones de los aspectos

lingüísticos del *logos*. En cuanto al polo “histeroide”, en Chomsky se encuentra sensiblemente menos acentuado, pero su misma preocupación por distinguir entre “misterios” y “problemas” del lenguaje humano (Chomsky, 1975), así como su insistencia en preguntarse por los límites del campo de los saberes, el conjunto de teorías accesibles al ser humano, especie-específicamente determinado, creo que sintomatiza su sensibilidad ante ese polo.

Referencias bibliográficas

- Axelos, K. (1962): *Heraclite et la philosophie*. Editions de Minuit, (3ª ed. 1971, Cito por ella).
- Bartley III, W.W. (1973): *Wittgenstein*. J.B. Pillincott Co. N. York, (Trad. cast. con un “Epílogo 1982”, Cátedra, Madrid, 1982. Cito por ella).
- Blanchot, M. (1968): *L’Entretien Infini*. Gallimard, Paris (Trad. Cast. Monte Avila, Caracas, 1970. Cito por ella).
- Borgmann, A. (1974): *The Philosophy of Language. Historical Foundations and Contemporary Issues*. Martinus Nijhoff, The Hague.
- Chomsky, N. (1975): *Reflexions on Language*. Pantheon Books, Random House, Inc N. York. (Trad. cast. Seix Barral, Barcelona, 1979. Cito por ella).
- (1977a): *Noam Chomsky dialogues avec Mitsou Ronat*. Flammarion, Paris. (Trad. cast. Gránica, Barcelona, 1978. Cito por ella).
- (1977b): *Essays on Form and Interpretation*. North Holland, Amsterdam. (Trad. Cast. Cátedra, Madrid, 1982. Cito por ella).
- (1981): *Lectures on Government and Binding*. Foris Publications, Dordrecht, Holland.
- Davidson, D., Harman, G. (eds.) (1972): *Semantics of Natural Languages*. Reidel, Holland.
- Evans, G., Mc Dowell, J. (eds.) (1976): *Truth and Meaning*. Clarendon Press, Oxford.
- Faye, J.P. (1977): Prefacio en Ronat, M. (ed.), págs. 11-19.
- Hintikka, J. (1968): *Epistemic Logic and Philosophical Analysis*. *Australasian Journal of Philosophy*, 46, págs. 37-51. Reimp. en Hintikka, 1969 b, págs. 3-49.
- (1969a): *Semantics for Propositional Attitudes*. En Hintikka, 1969b, págs. 87-111.
- (1969b): *Models for Modalities*. Reidel, Dordrecht, Holland.
- (1970): *Semantics of Modal Notions and the Indeterminacy of Ontology*. Reimp. en Hintikka, 1975, págs. 26-42.
- (1971): *Quantifiers, Language- Games and Transcendental Arguments*. Metaphisics Colloquium of N. York University. Reimp. en Hintikka, 1973, cap. V.
- (1973): *Logic, Language-Games and Information*. Clarendon Press. Oxford. (Trad. Cast. Tecnos, Madrid, 1976. Cito por ella).
- (1975): *The Intentions of Intentionality and Other New Models for Modalities*. Reidel, Dordrecht, Holland.

- Hintikka, J., Moravcsik, J., Suppes, P. (eds.) (1973): *Approaches to Natural Languages*. Reidel, Dordrecht, Holland.
- Kaplan, D. (1973): Bob and Carol and Ted and Alice. En Hintikka-Moravcsik-Suppes (eds.), págs. 490-518.
- Kahn, C.H. (1979): *The Art and Thought of Heraclitus*. Cambridge U.P. Cambridge.
- Kripke, S. (1972): Naming and Necessity. En Davidson, D., Harman, G. (eds.), págs. 253-355.
- (1976): Is there problem about substitutional quantification? En Evans, G., Mc. Dowell (eds.), págs. 323-419.
- Lambert, K. (ed.): *Philosophical Problems in Logic*. Reidel, Dordrecht.
- Lewis, D.K. (1972): General Semantics. En Davidson, D., Harman, G. (eds.), págs. 169-218.
- Mc Kay, A., Merrill, D. (eds.) (1976): *Issues in the Philosophy of Language*. Yale U.P. London.
- Mondolfo, R. (1966): *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación* (3ª ed. corregida y aumentada, 1973).
- Montague, R. (1968): Pragmatics. En Klibansky, R. (Ed.): *Contemporary Philosophy La Philosophie Contemporaine*. Florence, Reimp. en Thomason, R. (Ed.), Montague's Essays on Formal Philosophy, págs. 95-119.
- (1969): On the Nature of certain Philosophical Entities. *The Monist*, (53), págs. 161-194. Reimp. en Thomason, R. (ed.), págs. 148-188.
- Reguera, I. (1980): *La Miseria de la Razón*. Taurus, Madrid.
- Ronat, M. (ed.) (1977): *Langue: Théorie générative étendue*. Hermann, Paris (Trad. cast. Cátedra, Madrid, 1981. Cito por ella).
- Scott, D. (1970): Advice on Modal Logic. En Lambert, K. (ed.), págs. 143-173.
- Shnayder, D. (1976): Reflexions on Kripke. En Mc Kay, A., Merrill, D. (eds.), pág.
- Steiner, G. (1975): *After Babel*. Oxford U.P. London. (Trad. Cast. Fondo de Cultura Económica, Mejico, 1980. Cito por ella).
- Thomason, R. (ed.): *Montague's Essays on Formal Philosophy*. (Parcialmente traducida al castellano con el título "Ensayos de Filosofía Formal. Alianza, Madrid, 1977).
- Wallace, J. (1972): On the frame of Reference. En Davidson, D., Harman, G. (eds.), págs. 219-253.
- White, T.H. (1939): *The Once and Future King*. Warner Bross Seven Arts, N. York (Trad. cast. con el título "Camelot", Bruguera, Barcelona, 1968).
- Wittgenstein, L. (1921): *Tractatus Logico-Philosophicus*. Routledge and Kegan Paul. London (Trad. cast., Alianza, Madrid, 1973. Cito por ella).